

Palabras de don Carlos Osoro, arzobispo de Madrid, al final del Consejo Ampliado

25 de junio de 2016

Acabamos de escuchar las propuestas que habéis hecho cada uno de los grupos de este Consejo Ampliado, que gustosamente he convocado para dar fin a los trabajos de este primer año del Plan Diocesano de Evangelización.

Os agradezco el esfuerzo que habéis hecho, pues solo así podemos hacer realidad ese gran objetivo de la sinodalidad, que responde a la esencia más verdadera de la Iglesia, es decir, la de caminar hacia la santidad, no individual y aisladamente, sino, como es la voluntad de Dios, constituidos en un Pueblo que camina unido (cf. LG 9).

Ya os advierto de antemano que va a ser imposible hacer todas las propuestas. Elegiremos unas grandes líneas de acción, aquellas en las que más habéis hecho hincapié, y junto a ellas incluiremos algunas propuestas de acción más concretas para que trabajemos en ellas. Habrá una Comisión (los miembros de la Vicaría de Evangelización junto con el Consejo Episcopal) que nos dirá cómo seguir procediendo de ahora en adelante; aunque es de prever —os lo puedo asegurar— que lo que nos propongan siempre será discutible y discutido; hay que contar con ello.

En lo que habéis dicho han aparecido cosas muy claras. Siendo completamente sinceros, no me queda más remedio que señalar que la mayoría de las propuestas miran fundamentalmente hacia dentro; y esto deberemos estar atentos para equilibrarlo.

Está bien mirar hacia dentro; ahora bien, la Iglesia desde un principio lo que hizo fue mirar hacia fuera. La Iglesia se ha hecho más Iglesia mirando hacia fuera, es decir, mirando a las necesidades de los demás. Este modo de proceder nos lo enseña Dios mismo, que siendo Dios no tuvo problema en hacerse hombre y pasar por uno de tantos. Dios se revela más plenamente como Dios cuando más se entrega a los hombres, y nosotros somos invitados a reconocerle y confesarle como Dios tocando al hombre y viendo al hombre en el que Dios habita plenamente. Al tiempo que somos invitados a percibir toda la grandeza que adquiere el hombre cuando acoge a Dios en su vida, a ese Dios que se acerca a nosotros y se hace hombre por nosotros.

Lo primero que me gustaría subrayar es que la Iglesia tiene que ser en todos sitios, y por supuesto en esta gran diócesis que es Madrid, una Iglesia que acompaña siempre.

No me ha gustado cuando nos han lanzado la pregunta de si están evangelizando los colegios católicos. Hombre, a lo mejor no dan catequesis; pero yo no puedo pensar, por ejemplo, que en el colegio de salesianos que acabo de visitar, donde se hace de todo y dan de todo, entre otras cosas, para tratar de formar y educar dando respuesta a las demandas que plantea la sociedad actual... Hemos de tener muy claro que la sociedad ha cambiado y está cambiando muy rápidamente; y es cierto que muchos padres llevan a sus hijos a ese colegio no por el ideario católico, sino porque tiene un buen ambiente. Incluso puede que sea verdad que,

a lo mejor, los colegios no ponen en primer lugar la fe y la resurrección. Ahora bien, la Iglesia tiene que poner toda su realidad, lo que es y lo que tiene, al servicio de los hombres. Creo que no somos misioneros si no abrimos las puertas.

Permitidme que defienda la labor que están haciendo los colegios de la Iglesia. Están cumpliendo una misión muy importante; tienen sus puertas abiertas a muchos, y, de hecho, son muchos los que encuentran allí una acogida que no encontrarán en ningún otro sitio. No quiero decir que no haya gente que se pase al otro extremo, pero no pienso que eso sea algo generalizado. Y lo digo con realismo, porque me estoy metiendo en los colegios y charlo con los profesores y con las instituciones religiosas que los llevan. Valoro enormemente — y creo que debemos seguir esa senda—, cómo están preparando a sus profesores muchos de los colegios. Se están gastando mucho dinero en la formación de los profesores.

Para valorar estas cosas hemos de mirarlas no desde fuera, sino desde dentro. Porque, cuando uno va a visitar la catedral de León, si mira las vidrieras desde fuera, solo ve los plomos y resultan hasta feas. Es cuando uno entra, y las mira desde dentro, cuando percibe toda su belleza. Cuando uno mira desde dentro la realidad de los colegios, se da cuenta de la cantidad de personas, sacerdotes, laicos, personas consagradas que se están dedicado a acompañar a familias que están deshechas y tantas otras realidades que, desde fuera, no se ven.

Es verdad que hay colegios que insisten más en una dimensión, digamos que inciden más en dar la doctrina, ¡muy bien!, pero no por eso otros, que hacen hincapié en otros aspectos, son menos misioneros.

¡Perdonad!, tengo que decir con toda sinceridad lo que pienso, sino no sería amigo vuestro. Y no estoy defendiendo lo indefendible, estoy defendiendo lo que veo.

Por otra parte, os decía que la Iglesia tiene que ser una Iglesia que acompaña, que salga al camino donde están los hombres. Y éstos están no donde a mí me gustaría que estuviesen, sino adonde les han llevado sus circunstancias reales. La Iglesia misionera de que la habla *Evangelii gaudium* es la que sale hasta allí. No nos confundamos, hay que ir a donde está la gente. Está claro que el que sabe dónde están los hombres, conoce también el riesgo que existe de mancharse. El que no se pone manos a la obra no se las ensucia, solo el que se pone es el que se las puede ensuciar; y lo malo es que le pueden cazar en esas circunstancias. No queda más remedio que salir igual que Jesús, que se acercaba a cada ser humano y si era necesario lo tocaba; y esto le llevó a ensuciarse en más de una ocasión, y fue considerado “impuro” según la ley. Ya hemos visto en la lectura de la misa hoy de hoy cómo Jesús dejó que el centurión romano se acercara a él, más allá o independientemente de lo que luego pudieran decirle o criticarle por ello.

Hemos de escuchar con pasión el clamor de la gente, un clamor que nace desde lo más profundo de su ser. Tenemos que escuchar con la convicción de que, para ellos, queremos ser testigos; lo cual, como habéis dicho aquí mismo, requiere preparación.

Ya sé que ser catequista hoy es difícil; porque damos catequesis y los padres no hacen caso, vienen los días que pueden y se nos escaquean; vienen por el compromiso de la primera comunión y luego se marchan. Tenemos que plantearnos: ¿qué haría Jesucristo?, ¿qué diría?

Es verdad que no tenemos métodos especiales. De hecho, nuestro gran método debe ser “la atracción”; atraer a los niños, atraer a los padres, que se sientan atraídos, ese ha de ser nuestro principal método.

Para ello nada mejor que se una Iglesia que ama. Que ama y no huye de las situaciones de cruz por las que pasa mucha gente. La peor cruz es, como dirían los gallegos, no tener “sentidiño”, no tener el sentido de la vida, el sentido de ser *hijo de Dios*, y ¡no lo tienen! Pero la Iglesia ama, y ama a los hombres que están crucificados, porque ve en ellos la imagen viva de su Señor. E insisto, la peor cruz, la más dura y la más fuerte, es no creer; es la pobreza más grande y es la que más abunda en este mundo.

A muchos de los jóvenes que hoy están dispersos por tantos sitios les hemos dado la espalda. Como no hacían o no les gusta hacer las cosas como nosotros queremos, les hemos dado la espalda. ¡Hombre, que todos somos buenos y Cristo vino a salvar a todos los hombres!

Yo me estoy confesando, y si alguno me encuentra pecados espero que al final me absuelva. Os digo lo que siento en lo más profundo de mi corazón. Ya sabéis que, como obispo, estoy recorriendo toda la diócesis; llevo ya dos años recorriéndola. A lo mejor lo hago mal, porque voy aprisa y a muchos sitios. Se quejan porque voy a muchos sitios, pero, si no hiciese nada, también se quejarían. Llevo muchos años de obispo y siempre hay quejas; si vas porque vas y si no vas porque no vas, y si te quedas porque te quedas. Yo hago lo que en conciencia creo que tengo que hacer, y, después, Dios me pedirá cuentas de si os he querido y de si os he dado la vida.

Una Iglesia que ama es la que escucha una y otra vez aquellas palabras del Éxodo cuando Dios se acerca a Moisés y le dice: «Mira, he visto la aflicción de mi pueblo; he escuchado su clamor, conozco los sufrimientos y quiero bajar a librarlo. Y te escojo a ti». Esto es lo que nos diría a toda esta pandilla que estamos aquí. Pero, ¿escuchamos el clamor de los hombres, las desgracias, los sufrimientos que tienen en su corazón, las infelicidades que tienen, que les lleva a grita a nuestro Señor: ¿por qué nos manda esto? A mí, en Madrid, el Señor no me ha mandado a veranear; para eso me voy al Sardinero, a mi tierra.

La Iglesia está llamada también a curar. Para conseguirlo se sabe guiada por el Evangelio de la Misericordia, es decir, por el amor al hombre. Y la Iglesia va por el mundo, pasea mirando las heridas que tienen los hombres. —Me ha gustado mucho que aquí salierais muchos de Caritas—. Pero es verdad que, cuando miramos las heridas de los hombres y sobre todo cuando sentimos que sus necesidades son muy superiores a nuestros pobres recursos, podemos caer en la tentación de pensar que no se puede hacer nada. Pues acordaros de una cosa, del milagro de los panes y los peces. El Señor con cinco panes y dos peces sació una multitud. Jesús les dijo a los apóstoles *dadles vosotros de comer*, y uno de ellos le dijo: *Señor* aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces. Según la lógica de los hombres, aquella empresa era imposible; y de lo que se trata es de abandonar esa lógica meramente humana y entrar, en cambio, en la lógica de Dios. Así es como se obró el milagro y aquella multitud comió hasta saciarse; y con tan solo cinco panes y dos peces hasta sobró. Eso sí, Jesús, antes, los había tomado en sus manos; pongámonos y pongamos en nuestros recursos en manos de Jesús, Él los podrá multiplicar. Pero, ¿cuál es vuestra lógica?

Seguramente la lógica de los apóstoles: ¿qué es este poco para tanta gente? Sin embargo, la lógica del Señor es otra.

Otra cosa. La Iglesia tiene que perdonar. No se puede acercar a los hombres inquisitorialmente. Qué bello el pasaje evangélico que nos cuenta que Jesús aceptó sin ninguna condición la invitación de un fariseo para que entrara en su casa. El fariseo se lo propone y el Señor entra sin más. Jesús quiere compartir la vida y se deja encontrar, se encuentra con el fariseo, se encuentra con la pecadora. Jesús no mandó hacer oposiciones a la gente para ver si entraba o no. Todo ello supone entrar en una dinámica de una Iglesia que no está establecida ya, aunque lleve muchos siglos de existencia. Las circunstancias actuales han podido desestabilizar a la Iglesia. Podríamos decir que, en esta nueva época en que vivimos, la Iglesia tiene que estar como al principio, es decir, entrando en todas las situaciones de los hombres y perdonando. En el caso del fariseo que invitó a Jesús y de la pecadora que entró en su casa, podemos decir que Jesús a los dos les devuelve a la postura de la misericordia: «tengo algo que decirte, tú no me lavaste nada, no me pusiste para lavarme nada, me has preparado la mesa, pero, para lavarme, nada. Esta otra, en cambio, mira ... Los dos vuelven a la misericordia.

Hemos de ser una Iglesia que sale a los caminos, a todos los caminos por donde van los hombres; ¡a todos! Y eso supone que nuestras instituciones tienen que transformarse, salir. Queridos hermanos, podemos hacer instituciones cerradas y os pregunto: ¿queréis que en la Iglesia hagamos grupos estufa? Es decir, yo creo este colegio para un tipo determinado de gente, porque así va a dar resultados: todos cristianos, católicos apostólicos romanos; voy a poder trabajar, no me van a poner impedimentos para nada. No digo que no haya que hacer eso, yo respeto, pero la Iglesia tiene que apostar por salir a la búsqueda de todos. Aquí la única estufa es Jesucristo, no nosotros. Quien da algo, quien da vida, quien da orientación es Jesucristo. Naturalmente eso supone que hay que tener mucho cuidado con lo que hacemos. Estamos llamados a ser una Iglesia que va por los caminos por donde van los hombres, y que, como a nuestro Señor Jesucristo, nada humano (ninguna situación) nos es extraño. El Señor nos dijo *id al mundo entero y anunciad el evangelio*, no nos dijo ir solo aquí o solo allí; y, si actuamos así, eso no tiene porvenir eso termina en muerte.

Tenemos que ser una iglesia que anuncia la buena noticia. Mirad, urge —lo decía Benedicto XVI—, recuperar el carácter luminoso de la fe, urge entregar la buena noticia. Cuando se apaga la luz de la fe todas las luces languidecen. Eso supone que en esa parroquia, que puede ser muy grande, si hay 20 cristianos que se lo toman muy en serio, mueven todo lo que sea y lo que hacen es atractivo —y lo es porque favorecen el encuentro con el Dios vivo, que nos llama, que nos revela su amor— eso funciona.

Urge una Iglesia en comunión. ¡Qué fuerza tiene decir *creo en la Iglesia que es una, católica!* Eso que decimos todos los domingos cuando rezamos el credo, ¡qué fuerza tiene!; y adquiere mayor fuerza aún cuando miramos a la Iglesia dispersa por todos los continentes, por todas las culturas, por todas las lenguas, más siendo una, formando una unidad. ¿Cómo puede ser eso? El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos lo dice: porque tiene una sola fe, una sola vida sacramental, una única sucesión apostólica, tiene una y única común esperanza, y tiene sobre todo la misma caridad. Y así la Iglesia va a buscar a todos los hombres.

Una Iglesia que es madre, como Jesús, nunca abandona, siempre tiene los brazos abiertos. Mirad al terco de Tomás, un terco; no le abandonó, no le cerró la puerta, supo esperar, y así la Iglesia sigue abriendo los brazos. La misericordia es madre y siempre tiene gestos de compasión, de amor, de afecto.

La Iglesia es madre, ¡es madre!, ¡es madre! Muchos de los que estáis aquí sois madres y padres. Igual me da un padre que una madre, porque los dos tenéis el mismo corazón. Pero, cuando un hijo sale mal —yo, durante años, hasta que llegué a ser obispo ... ¡No!, más todavía, durante el primer año de obispo de Orense, seguía siendo presidente de la Asociación de padres con hijos drogadictos. En esa época, cuando empezaba lo de la droga, ésta estaba en las mejores familias y nadie quería decir —hablo de Santander, una ciudad pequeña—, nadie quería decir que tenía un hijo drogadicto. Fue entonces cuando yo hice la asociación. Abrí el proyecto y fui presidente de la Asociación hasta siendo obispo; hasta que les dije: «ni soy padre y, a este paso, me dejáis de presidente toda la vida. Hacedlo vosotros ya; sed presidente alguno de vosotros». Yo entendía muy bien cuando los hermanos de un chico drogadicto se ponían negros. Pero la pobre madre, que no entendía otra cosa sino que era su hijo, es consciente de que, si no lo acompaña hasta el fondo en el que cae, el chico no va a recuperarse. Esto lo decía y hacía una madre; y así ha de ser la Iglesia de Jesús. Y no tengamos miedo, la Iglesia no va a caer, la Iglesia es la Iglesia de Jesús, está siempre en brazos de nuestro Señor que la ama con compasión, con afecto.

Una Iglesia que tiene que sorprender siempre, siempre. Mirad, en la Iglesia —y aquí lo veis—, la unidad no viene del consenso, viene de aquel que crea la unidad en la diversidad. ¿Quién crea la unidad?

Bueno, quiero deciros que todo esto que habéis dicho va a ser muy útil. Y perdonad el rollo que he terminado soltándoos —no lo tenía pensado—. Es que, como tengo estos apuntes, me sirvo de ellos por todos los sitios por donde voy. Hemos oído muchas cosas, por ejemplo, la catequesis, y habrá que darla, pero tenemos que adaptarnos a las gentes que viven en nuestros barrios por donde nos movemos, sabiendo que nuestra vocación es invitar a entrar, invitar a los padres (atraerlos) para que vengan los niños. Tenemos que inventarnos cosas.

¿Qué es lo que ofrecemos nosotros? Si estamos convencidos de que la oferta nuestra es de salvación, no dudaremos en hacerla; y habrá que ser serios. Eso sí, hay que saber estar en la misión, ¡eh! La misión no es fácil y nosotros a veces programamos, creyendo que ya todos están dentro de la Iglesia, que todos tienen una formación cristiana y ¡es mentira! Hace años, puede que sí, pero ahora no. Si no somos realistas nos viene enseguida la desesperación. Como el pobre cura que antes tenía la iglesia llena, y ahora viene menos gente, o, a lo mejor, todos son mayores, apenas tiene jóvenes. Tenemos que mover muchas cosas y hacerlo bien. Yo os digo que hay que trabajar por esta Iglesia que está al lado de los hombres, de todos los hombres y en todas las situaciones, en todas las circunstancias, y para eso necesitamos cristianos que estén como muy agarrados por nuestro Señor. Si no están agarrados, no estarán con todos, os lo aseguro, y esto puede ser grave para la Iglesia.

El papa san Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra* nos decía cosas muy importantes. Él hablaba de que, en estos momentos, —lo hablaba en su época, fijaos, no es del año pasado, pero sigue siendo igual—, no caemos en la cuenta del vacío existencial. ¡Cuánto vacío de amor

a causa de la convivencia humana, que deja heridos, que deja soledades, que deja tantas cosas! Están rotos, decía el Papa. El servicio a estas gentes es esencial en estos momentos de la historia, en estos —lo decía Juan XXIII entonces—. Por eso os animo a que nos dispongamos a curar.

Tengo aquí algunos apuntes que he recogido en algunos sitios para hablar de cómo Dios tiene que vivir en la ciudad y para tener algunas claves sobre cómo saber contemplarlo en estos momentos.

Después de escuchar muy bien todo lo habéis dicho aquí, que son cosas muy importantes... Han habido muchas coincidencias, grupos que habéis hablado de cómo acercarnos a Dios, pero mirad a los excluidos. Os cuento el caso de una mujer santa cuyo proceso de canonización terminó muy rápido. Una mujer que yo conocí. Seguramente algunos ya me lo habéis oído. Cuando esa mujer estaba haciendo las Constituciones de la Congregación que fundó, una Congregación que nació en mi tierra, en Santander. A esa mujer tuve la suerte de acompañarla los quince últimos años de su vida. Esa mujer se confesaba conmigo, por eso no pude testificar en la causa. Pues esa mujer, cuando estaba trabajando en la redacción de las Constituciones de una Congregación que estaba con los pobres más pobres... Esa mujer le confesó a un sacerdote que la pobreza más grande es no conocer a Dios. Y esto lo decía una mujer que vivía absolutamente de la caridad. Tenía 100 niños que vivían en la más absoluta indigencia; y todo el mundo encontraba consuelo en esta mujer, y afirmaba eso. Yo también creo que esa es la mayor pobreza que existe: no conocer a Dios.

Vamos a impedir, pues, que haya gente que no se acerque a Dios. Un excluido también es el que no conoce a Dios.

Otra cosa es que tengamos catequistas bien preparados, hombres y mujeres que saben lo que se traen entre manos. Es importante formar hombres y mujeres que se hagan presentes, como cristianos, en donde sea. Igualmente están esos jóvenes que terminan la carrera y hay que formarlos como cristianos de verdad. Cristianos que puedan acceder a una cátedra hoy, y que sean buenos y que no les dé vergüenza ser cristianos, que lo manifiesten no solamente con las palabras sino con su vida.

Hoy hemos dicho muchas cosas, pero, mirad, salgamos convencidos de que hay que dar una respuesta sin demora. Venzamos la violencia con amor; convencidos de que el amor es más fuerte que el odio; convencidos de que el ser humano es un mendigo de amor.

Tienes sed. San Juan Pablo II lo decía: el hombre no puede vivir sin amor.

Perdonad si me he ido por los cerros de Úbeda, pero hoy quería confesarme delante de vosotros de lo que debe ser la Iglesia diocesana. Tenemos que abrirnos un poco, y lo dice un carca, ¡un carca! Pienso que tiene que ser así: creemos puentes.

Tenemos una patrona excepcional. Os voy a dar una interpretación que me viene muy bien para este momento. La Virgen de la Almudena apareció en un muro que se rompió, que cayó; apareció rompiendo muros. Los muros se parten. Tenemos una madre que rompe muros.